

INTRODUCCIÓN

Este libro presenta aspectos importantísimos sobre la forma de trabajo en los canales de televisión peruanos e internacionales, y muestra la rutina y los desafíos que enfrenta el profesional que decide laborar en este medio de comunicación.

Se trata de una guía para reporteros, camarógrafos, redactores, editores, productores, directores y presentadores de programas periodísticos, quienes emprenden diariamente la tarea de rescatar la historia para fragmentarla en noticias que luego serán transmitidas por televisión.

Es evidente que la producción televisiva peruana aún no alcanza los niveles de países más desarrollados y que existen numerosas deficiencias. Por este motivo, es necesario recordar a los periodistas que el televidente tiene siempre la posibilidad de protestar a cada minuto utilizando su control remoto.

Nuevos profesionales salen año tras año de las facultades de Ciencias de la Comunicación y Periodismo de todo el país y son ellos quienes pueden hacer la diferencia al proponer soluciones creativas, formatos innovadores y cambios en las estructuras televisivas, las cuales se encuentran en proceso de transición permanente debido a la modificación constante de sus rutinas y a la evolución tecnológica.

Al incursionar en la televisión, el periodista debe responsabilizarse por el poder que tiene y no dejarse llevar por el supuesto encanto de convertirse en una persona reconocida. Por tanto, es fundamental que la ética sea siempre su límite y que se concentre en la difusión de la buena información teniendo como premisas el interés público y el respeto al televidente.

Por tal motivo se debe impulsar entre todos aquellos profesionales el espíritu crítico y la identificación con la noticia veraz, imparcial y cimentada en la realidad, ya que un periodista puede convertirse fácilmente en un agente de desinformación, como lamentablemente ocurrió en nuestra historia reciente.

Un aspecto esencial en esta profesión es el compromiso con la equidad y la exactitud. De este modo, es preciso que el periodista nunca confíe exclusivamente en una fuente, puesto que puede ser engañado o manipulado. Tampoco debe tomar partido por uno de los bandos en conflicto, olvidando que el público se percatará de ello, ya que puede perder, en cuestión de minutos, aquello que le costó conquistar en tantos años: su prestigio.

Tampoco debe usar la falta de tiempo o el desconocimiento como excusa o coartada para la difusión de noticias de mala calidad o que carecen del debido contexto que permite a los televidentes entender claramente el hecho que pretende comunicar.

En consecuencia, para informar con calidad se requiere, en principio, usar la inteligencia y comprender el mundo que nos rodea. Si un reportero no es curioso y se resigna con la declaración de un solo funcionario o no se esfuerza por entender el lenguaje televisivo, lo mejor es que cambie de profesión, puesto que está condenado al fracaso o a convertirse en un periodista mediocre.

Existen muchos reporteros televisivos que se esmeran por estar al tanto de los últimos avances tecnológicos, de usar las frases de moda y descuidan algo que es esencial: entender la noticia sobre la cual están informando. Con frecuencia los periodistas televisivos sazonan sus reportajes con

palabras que pueden provocar encendidos aplausos entre los literatos, pero que carecen de sentido para gran parte del público.

Por ende, es necesario tener presente que no se puede informar eficazmente si los periodistas no hacemos el esfuerzo para que el público entienda lo que estamos diciendo. Debemos pensar primero en los televidentes y recordar que se pueden decir cosas muy profundas con palabras simples.

Al respecto, el periodista brasileño Maurício Loureiro Gama, en una entrevista concedida al programa por los 50 años de la cadena televisiva Rede Globo, en 2000, contó una bella anécdota que demuestra la importancia decisiva que tiene el público en esta profesión:

Al día siguiente de aparecer por primera vez [en TV], me encontré en la calle con una mujer simpática, de unos 50 años, de cabellos canos, que me dijo:

—¿Usted trabajó en el programa de televisión anoche?

—Sí, así es...

—Quería decirle una cosa. Usted no es tan antipático. Personalmente hasta parece simpático, pero solo que [anoche] fue muy arrogante.

—¿Yo? ¿Arrogante? Soy un provinciano de Tatuí, un hombre humilde. ¿Por qué fui arrogante?

—Porque usted nunca habló conmigo. Nunca se dirigió a mí. Yo estaba tejiendo crochet en mi sala y usted podía haberme consultado sobre las ideas que estaba exponiendo, pero siguió hablando, hablando, olvidando que yo estaba mirándolo al otro lado del televisor (citado por Paternostro, 2006, pp. 36-37; la traducción es mía).

Sin duda, toda persona que aparece en televisión se debe al público y, fundamentalmente, el periodista. Así como este medio de comunicación coloca a numerosas personas en la cima de la popularidad, también puede hacer que caigan en el más profundo agujero del oprobio o el rechazo público, por olvidarse del televidente, por distorsionar, manipular o informar de manera inadecuada, o simplemente por creerse dueños de la verdad.

El único legado que quiere dejar, por tanto, esta publicación es que solo la honestidad y la calidad son las mejores y únicas formas para triunfar, en el largo plazo, en cualquier rama del periodismo, pero, sobre todo, en la televisión. Ese es el verdadero secreto del éxito.